

PAGINA DOMINICAL

Fiestas de la semana

SEPTIEMBRE

29 Domingo: La Dedicación de S. Miguel Arcángel.

30 Lunes: Ss. Jerónimo dr. Ambrósio y Sofía.

OCTUBRE

1 Martes: Ss. Gregorio y Remigio obispos. Máxima y Julia vires.

2 Miércoles: Los santos Angeles de la Guarda y Ss. Eleuterio y Leodegario obispos.

3 Jueves: Ss. Cándido, Dionisio y Fausto.

4 Viernes: Ss. Francisco de Asís fun. Marcos, Marciano y Aurea.

5 Luna nueva a las 10 h. 5 m. 12 s. p. m.

5 Sábado: Ss. Froilán, Plácido, Victorino y Flavio.

6 Domingo: Ss. Bruno fundador y Ramón.

Epístola del Domingo

Domingo XIX después de Pentecostés. Epíst. I a los Efes. IV, 23—28.

Renovaos, pues, ahora en el espíritu de vuestra mente a interior de vuestra alma.

Y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a la imagen de Dios en justicia y santidad verdadera.

Por lo cual renunciando a la mentira, hablé cada uno verdad con su prójimo, puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros.

Si os enojáis, no queráis pecar; no sea que se os ponga el sol estando todavía enojados.

No deis lugar a entrada al diablo.

El que hablaba o defraudaba al prójimo, no hurte ya; antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en algún ejercicio honesto, para tener con qué subsistir y dar al necesitado.

REFLEXIONES

«Hermanos míos»—dijo el Apóstol a los fieles de Corinto—gracias doy incesantemente a mi Dios, por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo, pues por Él habéis sido enriquecidos en todas las cosas, en toda palabra y en toda ciencia; Frases divinas, que son como si San Pablo dijera: «No ceso un momento de dar gracias a Dios, porque, por los méritos de Cristo, os ha colmado de las riquezas espirituales de su divina ciencia y elocuencia, para que creáis todos los misterios de la fe, y habéis de ellos con palabras verdaderamente cristianas. Todo cuanto tenemos lo hemos recibido de Dios mediante Cristo, y por Cristo lo hemos de dar las más rendidas gracias.»

Esto, que es un principio inconcuso en la vida espiritual, lo habéis leído muchas veces en el libro de oro llamado «Kempis». Dice así: «Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y

cuantas cosas poseemos en lo interior o en lo exterior, son, Dios mío, beneficios tuyos, y te engrandecen, como bienhechor piadoso y bueno; de quien recibimos todos los bienes. Todo procede de ti, y por lo mismo, en todo debes ser alabado. Bien hace Dios dando la gracia de la consolación; pero el hombre hace mal no atribuyéndolo todo a Dios, dándole gracias.

Pues bien: sentado este fundamento, ¿qué cosa hay más propia para levantar nuestro espíritu en agradecimiento a Dios, que considerar la multitud y la magnitud de los beneficios que continuamente estamos recibiendo del Señor, aun en cosas al parecer pequeñas?

Hasta que en una noche estrellada levantemos los ojos al firmamento y contemplemos esa innumerable falange de bellísimas criaturas que a manera de antorchas refulgentes nos están invitando a que demos gracias al Señor que las crió para nuestro bien. Ellas, con su lenguaje mudo, parecen decirnos: «Aprended de nosotras cuál es la magnificencia del que nos ha formado, y dadle gracias porque nos ha puesto a vuestro servicio y utilidad particular.» Y como lo mismo que los astros pueden decirnos todos los demás seres de la tierra, de los mares y de todo el universo, cabe en verdad decir, que la creación entera está como dándonos voces para que bendigamos, alabemos, adoremos y demos gracias al Señor Dios de la creación.

«Cuántas criaturas—dijo San Bernardo—nos ha dado el Señor para nuestra sustentación! ¡Cuántas para nuestra enseñanza! ¡Cuántas para nuestro consuelo! ¡Cuántas para nuestra corrección! ¡Cuántas para nuestra complacencia!»

«Oh, si comprendiéramos el lenguaje mudo de las criaturas! Sobre tres columnas—dijo un discreto—se sustenta el mundo moral: sobre la ley, sobre el culto sagrado, y sobre la gratitud a Dios. La Ley es, la directriz; el culto, la vida del corazón; la gratitud, deber imperioso, que exigen el culto y la ley; las criaturas son pregoneros de Dios, que continuamente nos están diciendo y repitiendo estas tres palabras: «RECIBE, DEVUELVE, HUYE.»

RECIBE de mí el beneficio, para tu uso. RECIBE de mí, dice el cielo, la luz y el movimiento. RECIBE de mí, dice el fuego, el calor y la agilidad. RECIBE de mí, dice el aire, la respiración y la vida. RECIBE de mí, dice la tierra, la vegetación, el alimento, la sustentación, los metales...

Y la segunda voz es esta: DEVUELVE. Es decir: DEVUELVE el obsequio a Dios tu bienhechor y mi criador. DEVUELVE acciones de gracias a Aquel que me crió para que te sirviera, y puesto que yo siempre me complazco en servirte, complácese tu mucho más en devolverte a Dios tus obsequios, usando siempre de mí para su honor y gloria. DEVUELVE amor por amor, y muéstrate agradecido a sus amores, no sea que te los retire la verte ingrato. DEVUELVE algo de lo que Él te dió, pues todo lo que tú tienes es don suyo, y justo es que se torne a su principio.

Por último, la tercera voz de las criaturas, es esta: «HUYE.» Esto es HUYE de la nota infamante de la ingratitude. HUYE del eterno suplicio preparado para ti si eres ingrato a los beneficios divinos. HUYE de hacer mal uso de mí, porque si así fuere irás, no solo contra la voluntad de Dios, sino contra ti, y yo y

todas las criaturas te-tificaremos en daño tuyo, cuando el Señor te juzgue por tu ingratitude.

Mas dejando el lenguaje de las criaturas, ¿qué diremos de los beneficios particulares, y singularísimos, que a todos y a cada uno nos hace por sí mismo el Criador? ¿Qué diremos de los bienes de naturaleza, hacienda, salud, bienestar, paz, memoria, voluntad, entendimiento? ¿Y que de los bienes de gracia, fe, esperanza, caridad, auxilios divinos, virtudes sobrenaturales, buenos ejemplos, buenas compañías, buenas lecturas, dones gratuitos, providencia especial?... ¡Oh! Es cosa de volverse loco de amor.

Pero sobre todo, ¿qué diremos del Padre, que nos dió a su Hijo; del Hijo que se nos dió a sí mismo, y del Espíritu Santo que vino a nosotros enviado del Hijo y del Padre? ¿Qué de la Virgen María, y qué del Sacramento de los sacramentos, la divina Eucaristía, en la que somos da Cristo nuestro Redentor, tal como está en los cielos?

Decidme, si así nos hallamos favorecidos de Dios, y si nos sobran motivos para vivir siempre llenos de agradecimiento; ¿hay cosa más natural que el Apóstol nos exhorte en nuestra Epístola a la gratitud, y que ruegue encarecidamente que en todas las cosas prosperas o adversas demos gracias a Dios? Esto considero cada cual dentro de sí mismo, y la respuesta se la dará su propio corazón.



El General Cui'llaumat Gobernador Militar de Paris

La Santísima Trinidad y Maria

La conducta que las tres Personas de la Santísima Trinidad han observado en la encarnación y en la primera venida de Jesucristo, la siguen todos los días de una manera invisible en la Santa Iglesia y la seguirán hasta la consumación de los siglos en la última venida de Jesucristo.